

al emprender este trabajo, y entonces el recto juicio de personas verdaderamente ilustradas conseguirá lo que no pudo alcanzar el autor de este libro: fijar para siempre la gloria poética del cantor de Hidalgo.

Terminada aquí la tarea que emprendí de dar á conocer á D. Wenceslao Alpuche, deber mio es, para gloria mayor del poeta, dar cabida en el apéndice que irá á continuacion, las mas escogidas, ya que no todas las producciones del tijosucano, y preferentemente á aquellas que han sido objeto del estudio que he terminado, para que las personas á cuyas manos llegue este trabajo califiquen mejor que yo las poesías mismas y el concepto que de mí han merecido.

Sin esto, poco ó nada habria conseguido, y en verdad que no quedaria satisfecha mi aspiracion de colocar el nombre del poeta yucateco en el lugar que reservado debe estarle por sus cualidades eminentes.

A HIDALGO.

POEMA.

Suspira sin cesar la patria mia
 A oprobio vergonzoso condenada,
 Sangriento el seno, su beldad ajada
 Por la fiera codicia y tiranía
 De la implacable España: los gemidos
 Que lanza en su dolor tan tristemente,
 De sus hijos hiriendo los oídos,
 Aumentan su afliccion inútilmente;
 Las lágrimas de sangre que destilan

Sus ojos empañados, enrojecen
 Su atribulada faz. ¡Oh patria amada!
 ¡Cuán distinta te miro, y cuán trocada
 De lo que fuiste un tiempo! ¿Dó la gala
 Está con que adornaste á tus guerreros,
 Generosa y magnánima Tlaxcala?
 Dónde los esforzados campeones
 Que intrépidos y firmes resistieron
 De la orgullosa España los pendones?
 Dó está la gloria suma
 De la estensa region que en otro tiempo
 Engrandeció el poder de Moctezuma?
 En dónde están, Cholula infortunada,
 Tus altísimas torres? Dónde, dónde,
 Tenoxtitlan sagrada
 Tu antiguo brillo y magestad se esconde?
 Resplandeció tu gloria
 Con tanta rapidez, que solo existe
 De ella un recuerdo lamentable y triste
 En tu infeliz y oscurecida historia.
 Brilló, cual brilla en la tormenta fiera
 Relámpago fugaz solo un momento,
 Que retira su lumbre pasajera
 Ennegreciendo la region del viento.
 Sobre tu faz hermosa y delicada
 Extendió la opresion su negro manto,

Y te dejó anegada
 Entre miseria, luto, horror y llanto.

Pisa Cortés la playa mexicana,
 Que arrojado viniera de otro mundo
 Del genio de la muerte conducido;
 La tierra virginal lanza un gemido
 Al recibir tal monstruo, y se contrista
 Cual tímida paloma á quien dirige
 El fiero gavilan la torva vista:
 De rayos y terrores precedido,
 Y en su diestra nefaria
 Centellando la espada sanguinaria,
 Con atrevida planta
 Hacia México inmensa se adelanta.
 Los torrentes de sangre derramada,
 Los montones de cuerpos destrozados
 Que á contener sus pasos se interponen,
 Cual diques formidables, son en vano;
 Que la sangre, la muerte y sus horrores
 No pueden contener en sus furores
 El ímpetu indomable de un tirano:
 Antes con saña atroz se lanza y sube
 Sobre yertos cadáveres, que un monte
 Forman, que trepa á entristecer la nube,
 Y á llenar de terror el horizonte.

Sobre este horrible pedestal alzado,
 De furias infernales rodeado,
 La vista fiera y ominosa clava
 En la imperial ciudad, que presumía
 En su loca ambición hacer esclava.
 De allí baja cual rápido torrente
 Que la orgullosa espalda levantando,
 Va con impetu horrendo derribando
 Cuanto intenta oponerse á su corriente.

Humean las ciudades con el fuego
 Que el genio infando de la atroz codicia
 Con devorantes soplos alimenta:
 En medio de la llama truculenta
 Los magníficos templos resplandecen
 Con sanguíneo color, y sus cenizas
 Se esparcen por el aire y desaparecen.
 Los altos edificios se desploman,
 Y horrisonos cayendo
 Espantan á los hombres sorprendidos,
 Y ensordecen los campos con su estruendo,
 Los hijos de la América inocentes
 Que levantan sus cuellos oprimidos,
 Caen bajo los golpes inclementes
 Del acero homicida,
 O del cañon tronante, que estallando.

Arrebata el aliento con la vida,
 Los miembros sin defensa destrozando.

Todo cede al furor, no hay quien presume
 Los estragos frenar: acobardado
 El temido y valiente Moctezuma
 Se mira entre prisiones aherrojado:
 El audaz Cualpopoca, ardiendo en ira,
 Entre las llamas sin venganza espira:
 Y al fuerte Quetloboca, que empuñara
 Con su robusta mano
 El arma defensora
 Para cortar la vida del tirano,
 La parca inexorable lo devora,
 Y atónito Anahuac su muerte llora,
 Quedando sin consuelo,
 Al perder su caudillo Ixtapalapa,
 Y su defensa el mexicano suelo.

Ya entre tantos guerreros, que de Marte
 Tremolaron con gloria el estandarte,
 Queda Guatimozin tan solamente
 Que defiende á la América inocente.
 Guatimozin, el jóven esforzado,
 El hijo de la guerra,
 El ilustre rival de Moctezuma,
 Que llena con su nombre mar y tierra:

Su pecho de entusiasmo rebosaba,
 Y el amor de la patria lo inflamaba.
 El Septentrion en él la vista fija,
 Y al imperio lo eleva... inútilmente;
 Guatimozin detuvo la corriente
 De la devastacion solo un momento;
 De su rápido curso arrebatado
 Despareció: su cuerpo ensangrentado
 Se envolvió con las ruinas de la patria,
 Que le sirven de tumba y monumento,
 Y denuncian su fin al firmamento.

A tan terrible golpe (infausta suerte)
 Huyó la Libertad despavorida,
 Llorosa, triste, exánime, sin vida,
 Dejando solo asolacion y muerte.
 El soberbio invasor al cuello inerte
 Del noble americano
 Impuso airado con sangrienta mano
 La coyunda fatal, la vil cadena,
 Y á esclavitud perpetua lo condena.

Opulenta ciudad, que un tiempo dabas
 La ley á cien naciones diferentes,
 Y el destino futuro regulabas
 De pueblos aguerridos y valientes:
 Opulenta ciudad, que Moctezuma

Engrandeciera con afan intenso,
 Qué resta ya de tu valor primero?
 Qué resta ya de tu poder inmenso?
 Qué resta ya de tu feliz memoria?
 Fué tu esplendor antiguo, fué tu gloria.

En vez de aquellos gritos de alborozo,
 En vez de aquellas voces que festivas
 Daban al aire los alegre vivas,
 Que en tus anchos recintos resonaban,
 Y plácidoz los ecos redoblaban;
 Hoy se oyen gritos de dolor apenas,
 Y voces de gemido,
 Y aquel susurro sordo, y sordo ruido
 Que hacen las pesadísimas cadenas,
 Que tus hijos arrastran duramente.

Para qué empinas la soberbia frente,
 Escándalo del aire,
 Ixtaxihual altísimo, trepando
 A alzar al cielo tu nevada cumbre,
 Que dorá al sol con su radiante lumbre?
 Desplómate mas bien, cayendo encimada
 De esclavos viles y opresores fieros:
 Desplómate, y termina
 Tantes estragos con tu inmensa ruina.

Volcanes bramadores,
 Antorchas esplendentes de los aires,
 Que los cielos llenais de resplandores,
 Arrojad vuestras llamas devorantes
 Para colmar los valles, y triunfantes
 Asolad, devorad, tornando luego
 La tierra esclavizada en mar de fuego,
 En mar de fuego para ahogar los hombres,
 Su atroz codicia, y sus odiosos nombres.

Peró en clamores vanos
 Se agotan mis acentos
 Y se me cansa el pecho: los tiranos
 No atienden á mi voz ensordecidos
 Por su insolente orgullo; y entre tanto
 Los hijos de la América oprimidos
 Entre oprobio y vergüenza hundidos gimen
 Los hierros que te oprimen,
 Infeliz Anahuac, serán eternos?
 Tres siglos de opresion no son bastantes
 A encender tu furor? No veré nunca
 Que el encervado cuello audaz levantes?
 Entre millones de hombres que sustentas,
 No hay un pecho magnánimo que emprenda
 Vengar tu humillacion y tus afrentas,
 Y mostrar del valor la augusta senda?

Un varon faltará!..... Mas ved sentado
 Un ministro de Dios, encanecido
 Por la mano del tiempo, y apoyado
 En la diestra el semblante: estatua inmóvil
 A la vista parece: tiene fijos
 Los ojos en la tierra, sumergido
 En su meditacion. ¡Cuántos misterios,
 En éxtasis tan largo,
 Contendrá ¡oh cielos! su pensar profundo!
 Mas le miro salir de su letargo
 Elevando la frente magestuosa,
 Y con voz resonante y poderosa
 Exclama LIBERTAD: el nuevo mundo
 Oyó la exclamacion, la redoblaron
 Los cóncavos del monte:
 Las selvas murmuraron
 LIBERTAD, LIBERTAD, y el horizonte
 Con ecos tan magníficos llenaron,
 Y el aire hechido con el grande acento,
 Resuena LIBERTAD el vago viento.
 Libertad, Libertad, nombre sublime,
 Tú enciendes el valor, el pecho inflammas,
 Y haces que sienta las ardientes llamas
 Que el entusiasmo agita: tú elevaste
 Al grande Escandemberg, que resistia
 Del segundo Mahomet, cual firme muro,

Las falanges del orbe tan temidas:
 Tú inspiraste á Leonidas
 El noble impulso de arrostrar la muerte
 Resistiendo en Termópilas á Xérxes:
 Tú armaste el brazo fuerte
 Contra Tarquino y César de ambos Brutos.
 Tú á Washington magnánimo inspiraste
 Aquella fuerza que rompiera el cetro
 Con que Albion sus colonias oprimía:
 Tú inspiraste por fin al grande Hidalgo. . . .
 Al grande Hidalgo, al sacerdote anciano,
 Al genio vengador, en cuya mano
 Una espada de fuego arder se vía.

Ved al volver sus centellantes ojos
 Conmoverse los pueblos, y agitarse
 Su libertad sintiendo, y arrojarse
 Al combate, á la muerte, á la victoria:
 El Hidalgo con la frente levantada,
 De flamígeros rayos coronada,
 Los conduce á los campos de la gloria.
 Genio sublime, yo también te sigo,
 Condúceme también, iré contigo
 A arrostrar denodado los peligros:
 Condúceme á vencer, para que arranque
 De mi frente abatida

De la opresion el degradante clavo,
 O abandone en la lid mi triste vida,
 De escarnio tanto y de baldon cargada.
 Alzad, oh pueblos, la cerviz domada,
 Que el héroe ya los riesgos afrontando,
 Y conducido de un feliz destino,
 Va sus sienes de lauros adornando,
 Va sembrando de triunfos el camino.

Guanajuato soberbia y opulenta,
 Que sus montes ostenta
 Preñados de oro, al vencedor se entrega,
 Y entre aplausos festivos, repitiendo
 Su grato nombre, á saludarlo llega.
 Ya impávido en las Cruces vá rompiendo
 Las huestes aguerridas de Trujillo.
 Y envuelto en polvo, en humo, en sangre, en fuego,
 Se oculta á las miradas; pero luego
 Aparece despues con nuevo brillo.

Mas terrible que un Dios cuando se irrita,
 Se avanza á la ciudad que en otro tiempo
 Fué habitacion de libres, y hoy de esclavos.
 La vencedora espada al aire agita.
 Y al levantar las poderosas manos
 Retiembla la mansion de los tiranos.
 Retiembla, sí: el déspota Venegas

Se cubre de terror: los lisonjero
 Que sostienen con él el cetro férreo,
 Y son en la maldad sus compañeros,
 Dominados de espanto se estremecen,
 Y sus rostros feroces palidecen.
 Opresores, temblad, que os amenaza
 Del invencible Hidalgo el brazo fuerte,
 Y sabrá exterminar con dura muerte
 Vuestra cobarde abominable raza,
 Que el seno de la patria despedaza.
 Ya os llena de pavor su faz airada,
 Ya sobre esas cabezas ¡¡miserables!!
 Mirais vibrar su fulminante espada,
 Y descargar.....

¡Oh Dios! ¡por qué á mi vista

Se oculta el héroe al consumir su triunfo!
 ¡Qué maléfico génio se avalanza
 A robarlo del seno de su gloria,
 Estorbando el poder de su venganza!
 ¡Adónde le llevó! Hacia que parte
 Mis ojos le hallarán!..... En un cadalso,
 De mortíferas balas traspasado
 Su cuerpo venerable, y su vestido
 Con la sangre que vierte enrojecido:
 Caidos los brazos y su frente augusta,

Que de lauro inmortal se viera ornada,
 Sin poder sostenerla el cuello inerte,
 Caer sobre su pecho, dominada
 Del peso inexorable de la muerte:
 Sus miembros sin vigor, sin luz sus ojos,
 Su corazón no late.....
 Americanos,
 Ved los tristes y miseros despojos
 Que os dejaron de Hidalgo los tiranos.
 Mirad al hombre impávido que un día,
 Armado de venganza y fuerte encono,
 Hizo temblar el formidable trono
 Que alzara en su furor la tiranía.
 ¡Oh pueblo de Dolores! tú le viste
 Respetuoso acercarse á los altares,
 Cuando ornado de pompa majestuosa
 Los cruentos sacrificios ofrecia,
 Y á su voz poderosa
 El Criador de la luz obedecia.
 Ahora yerto cadáver, sus heridas
 Derraman á torrentes
 De sangre copiosísimas corrientes,
 Que humean al caer; pero no en vano,
 Que esa inocente sangre, que ha vertido
 La cruel atrocidad y el torpe dolo,

Fecundará los senos de la tierra,
 Y de ella brotarán los vengadores
 Que hagan tronar desde el Darien al polo.
 Los ecos espantosos de la guerra;
 Y á su aspecto terrible, á sus acentos
 Sacudirá la tierra sus cimientos,
 Y caerá con estrépito el coloso
 Del poder español, que levantaba
 Su terrífica frente entre las nubes.
 Y á la AMERICA triste dominaba.
 Sobre su ruina elevárase entonces
 Un bello monumento en que se inscriba
 Con letras dignas de tan alta gloria:
 HIDALGO FUE QUIEN LIBERTO A LA PATRIA,
 Y LA PATRIA ETERNIZA SU MEMORIA.

A UN JUEZ.

¡Hasta cuándo será que los mortales,
 El don de la palabra degradando,
 Con sus viles lisonjas estén dando
 Pábulo infame al execrable crimen!
 Bajo dura opresion los pueblos gimen,
 Y en lugar de escucharse sus lamentos,
 Se esparcen por el aire los acentos
 Que aduladores sin pudor levantan,
 Y alabanzas prodigan al tirano
 Que abate á la virtud con dura mano.